



RADIOGRAFÍA DE UN PREMIO

Diego Ángel Gil del Reino

RADIOGRAFÍA DE UN PREMIO



Primera edición: julio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Diego Ángel Gil del Reino

© Jesús Javier Guisado Rodrigo: fotografías y diseño de portada

ISBN: 978-84-19340-96-2

ISBN digital: 978-84-19340-97-9

Depósito legal: M-18989-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis personas favoritas.

*A Mamen, mi mujer, por haberme permitido desplegar las
alas hasta casi tocar el cielo.*

*Siempre confié ciegamente en cada proyecto que inicié, siempre
me permitió espacio y tiempo para desarrollarlos y siempre
creyó en mi capacidad para que se vieran cumplidos los objetivos.*

*Gracias, Mamen, por ser mi primera lectora y hacerme
entender mi debilidad en el uso excesivo de los adjetivos y por
aceptar, de tan buen grado, recorrer todo el camino juntos.*

*Y a Ángel, mi hijo, por ponerme los puntos sobre las íes y
que esas alas se plegaran oportunamente para devolverme a lo
terrenal cuando fue preciso.*

*Por ayudarme a colocar los acentos en cada palabra de esta
novela donde su uso era obligado, por elegir las comas donde se
prestaban necesarias y por hacerme sentir alguien mucho más
que importante para él. Gracias, hijo.*

PRÓLOGO

Ángel Gil del Reino es un escritor con notables inclinaciones artísticas. Unas, literarias; otras, musicales y plásticas —pintura, fotografía—. Las mismas inquietudes, por cierto, que mostrara tiempo hace Felipe Trigo, nacido frente a su casa en Villanueva de la Serena. Se confiesa admirador de la obra literaria de José Miguel Santiago Castelo, a quien sitúa como figura central en la trama argumental de esta su primera novela. No es un escritor ocasional. Aparte de esta ficción narrativa, en los cajones de su escritorio aguardan su turno de salida dos obras más que verán la luz en un futuro próximo. Estamos pues ante alguien que persigue dotar de continuidad a su vocación de escritor.

Jorge L. Borges quiso reconocersin ambages las influencias recibidas en su producción literaria mediadas por la lectura de las pocas, pero señaladas, publicaciones del escritor francés Marcel Schwob, en particular de su *Vidas Imaginarias*. M. Schwob había introducido en sus narraciones una nueva metodología literaria: personas reales compartían el universo novelesco conviviendo con acontecimientos ficticios. El método encontraría en J. L. Borges un sobresaliente practicante.

Siguiendo esta pauta el escritor argentino, sin duda uno de los grandes en las letras españolas, trasladaría a su obra *Historia Universal de la Infamia* una serie de reseñas biográficas noveladas, publicadas anteriormente en forma de cuentos, como las de *Lucrecia*, *Petronio*, *Empédocles* o el *Capitán Kid*. Los protagonistas eran personajes trasantados de la realidad, cuyas vidas aparecieron, sin embargo, defor-

madras por la fantasía creativa del autor. Pero los acontecimientos, formando parte del relato novelesco, eran fantasiosos.

El peculiar sabor de esta novela de prosa limpia y ágil, *Radiografía de un premio*, de la que es autor Ángel Gil del Reino, reside precisamente en ese vaivén incesante entre ficción y realidad. J. L. Borges, como ahora Ángel, un villanovense de pro decidido a seguir los pasos de F. Trigo, han deformado artificiosamente las vidas de personas coetáneas o noconocidas en el escenario geográfico de los hechos, haciéndolas parte activa del argumento novelesco. El diálogo entre la ficción y la realidad tiene una larga tradición en nuestra lengua. En esta narración hace crecer la tensión al tiempo que avanza la trama de lo real y lo fantástico. Los protagonistas, un elenco que confluye en la persona del llorado José Santiago Castelo, son reales. Los hechos, en cambio, irreales de manera que provocan una repetitiva interferencia entre la realidad y la ficción. Yo creo que los lectores en general tenemos una cierta idea de que en la novela lo esencial y mayoritario es la ficción. Pero no siempre es así, como se hace evidente en *Radiografía de un premio*. La novela no es un género omnívoro que se lo coma todo.

Realidad y ficción interactúan y se confunden en este relato que tiene el lector ante sí. Una y otra se nos presentan tan íntimamente ligadas que no resulta fácil desalinearlas. Pero, ¿no es acaso eso lo que le sucede a nuestras propias vidas? Ángel utiliza las categorías de realidad-ficción para estructurar el texto narrativo, aunque la ficción acabe alimentándose de una realidad más o menos falseada. El difícil ensamblaje de la ficción con la realidad está resuelto gracias a la destreza del autor que ha sabido engarzarlas en perfecta armonía. Mi felicitación, en consecuencia, para el novel escritor que transita a buen ritmo por unos escenarios, a veces complejos, y por unos hechos siempre a caballo entre la verdad y la mentira, aunque la ficción acabe alimentándose de la realidad falseada o no.

VÍCTOR GUERRERO CABANILLAS.

1

«Tienes que morir unas cuantas veces antes de poder vivir de verdad»
(CHARLES BUKOWSKI)

Desde la oscuridad de mi cuarto en esa aciaga tarde de enero, resultaba alarmante escuchar el lamento de la tormenta, el quejido del viento y el rugir de los truenos sumarse al resto de ensordecedoras inclemencias. El previsible cataclismo llamaba con rudeza a las puertas del cielo y parecía presumirse como algo inminente.

El enfurecido vendaval azotaba con brusquedad los raídos toldos que colgaban sobre los ventanales mientras que, de forma repetitiva, las persianas no dejaban de chocar contra la fachada y los cristales provocando una alborotada barahúnda.

Tras el vidriado del balcón, que en momentos más espléndidos de luz inundaba de generosa claridad la estancia, se podía observar la lluvia caer con una violencia incomprensible en estas latitudes. La rotundidad del aguacero recordaba, más bien, a las noches de un otoño en la plenitud de su apogeo. ¿Sería el desenlace póstumo de mis días o se trataba de la séptima copa que tras el anuncio de las trompetas auguraba la llegada del apocalipsis?

En los cristales, se podían observar las gotas de agua entrelazadas descender de la misma manera que fluidos hilos de lágrimas transparentes.

Igual que pequeños afluentes, se asociaban para formar manantiales verticales cada vez más caudalosos, convertidos en subjetivos prismas que conseguían multiplicarse y transformar, al atravesarlos

con la mirada, la percepción visual de una triste calle del centro de la ciudad, en secuencias comparables a las más coloristas y armoniosas pinceladas adheridas a un lienzo, de esos recreados con maestría por Leonid Afrémov.

El entorno, a pesar de las reveladoras manchas de humedad que acusaba la pintura del salón, se convertía en una firme invitación a disfrutar del espectáculo. Parecían querer yuxtaponer sus fuerzas, por un lado, la belleza cromática y expresionista de aquel preciso instante y, enfrente, el previo momento del desconcierto más absoluto en la antesala a la hora de vigilia.

En la calle, las aguas sorteaban los obstruidos sumideros y recorrían la amplia superficie del pavimento sin respetar siquiera los acerados, que quedaban invisibles.

El propio desnivel de la vía facilitaba el discurrir de ese ingente caudal que buscaba el camino hacia la desembocadura en el paseo del Prado.

Con el paso de los años, cada vez me costaba mayor esfuerzo participar de aquellas cosas que en otros momentos me hubieron servido de inspiración para iniciar cualquier proyecto más o menos práctico e interesante.

Era en aquellos tiempos de considerable lucidez mental, que casi tengo olvidados, cuando disfrutaba exprimiendo mis neuronas y demostrando esas habilidades tan admiradas que me hacían ser, al parecer, algo diferente a los demás.

Encerrado entre muros perennes de desesperación y soledad, contemplaba impasible cómo se desmoronaba todo a mi alrededor y caía rendida mi vida. No era capaz de encontrar argumentos para sobreponerme y recuperar las riendas de mi triste existencia o, al menos, experimentar una mínima reacción ante algún estímulo que me sirviera de impulso para continuar sintiéndome vivo.

En realidad, me sentía esclavo y merecedor de una desgarradora condena, que suponía el amargo desenlace por el cúmulo de desproporcionados excesos de los últimos años, algo que me destrozaba el presente y provocaba en mí el temor de que se volviera perpetuo.

De seguir mi vida por estos derroteros, nada podría evitar que reventase de forma inminente si no encontraba un pretexto al que asirme en un breve espacio de tiempo, aunque todo lo que tuviera que depender de mi fuerza de voluntad, mis ganas o mi ilusión para permitir mi rescate restaba fiabilidad a la más simple posibilidad de subsistencia.

Desde hacía algún tiempo, las circunstancias habían determinado que mi vida transitase por unos cauces bastante engorrosos.

Y no es que quiera aprovechar este recurso como pretexto para que la novela obtenga mayor rédito suscitando compasión, para nada serviría, mi intención es tan solo la de acostumbrar al lector a la perceptible realidad de la escena como resultado del comportamiento irresponsable que había gobernado mi vida.

Mi reputación y mi indiscutible talento no es que parecieran estar en entredicho, sencillamente era que la influencia que podía haber ejercido en anteriores etapas había dejado de existir.

En aquellos momentos, no podía apelar al más memorable de mis pasados, o recordar que, años atrás, hubiera marcado tendencias expresivas mi forma de escribir. Tampoco tendría incidencia que la prosa o mi lenguaje literario más original hubieran contado con la aquiescencia mayoritaria de los intelectuales más distinguidos. De ningún modo serviría que mi admirador más incondicional hubiera encontrado respuestas en el contexto de mis obras, ni tan siquiera en la facilidad que ofrecía la lectura y que convertía a mis novelas en el entretenimiento cultural más accesible y popular.

Podía recordar que todo aquello, además de por mi dedicación e ingenio en mayúsculas, se había logrado gracias al impecable trabajo de mi agente literaria y merced a una razonablemente bien conducida, programada, organizada, promocionada y difundida carrera, en este complejo mundo del arte de la escritura.

Sandra, de forma fulgurante, había conseguido hacer de aquel novel periodista apasionado de las letras un escritor respetado y exitoso entre los consumidores de literatura más exigentes.

Mi cuota creciente de notoriedad servía como simple garantía para que cualquier tertulia cultural que se preciara de ser relevante en cafés, programas de radio, televisión u otros círculos intelectuales tuviera que contar, aunque fuera de forma breve, con mi comparecencia personal, telefónica, o bien, como alternativa, utilizando cualquier otro recurso tecnológico moderno. Mi presencia en cualquier sarao de postín honraba el acto y auguraba fluida asistencia a lo más granado de la sociedad ilustrada.

Puede sonar una pedantería esta afirmación; cansado estaba, a estas alturas de mi existencia, de tener que demostrar humildad, pero lo que era constatable, lejos de toda duda, es que mi hoja de servicio demostraba lo que aquí describo como elementos que amparan mi historia y rubrican mi exitoso currículum.

En aquel tiempo, muchos parecían acudir a mí como peregrinas almas condenadas al ostracismo en busca de algún tipo de refugio promocional anhelando, como si de una reliquia se tratase, una fotografía con el escritor del momento.

Con frecuencia, eran protagonistas de situaciones ridículas con tal de poder estrecharme la mano, robarme un beso o darme un exagerado abrazo como testimonio de la estrecha relación que nos pudiera vincular. Con el resultado de la instantánea, podían justificar ese hecho que serviría como prueba concluyente de amistad ante cualquier necesidad.

La realidad, en la mayoría de los casos, consistía en una embustera alianza, bien para hacer alarde entre amigos, familiares u otras relaciones, o para conseguir algún codiciado favor, fundamentando con el revelador documento, la solvente camaradería que nos llegaba a asociar.

Yo me dejaba querer, aun sabiendo que todos aquellos amigos a los que me unían tangibles intereses y oportunos dividendos solo me aconsejarían que me convirtiera en ese personaje omnipresente por puro egoísmo, pero también por mutua rentabilidad.

Daba igual que me engullera la fama o que a lo largo del camino enterrara valores, abandonase familiares o desechara verdaderos

amigos. No importaba nada que hubiera sacrificado mi imagen, mi estética, mi forma de vivir e incluso modificado mi discurso social y mi modo de pensar por aquella otra versión más sofisticada impuesta por el irracional momento de celebridad en el que vivía y la falsa apariencia adherida a mi nuevo estatus social.

Me sonreía la vida, sentía que me obsequiaba con carcajadas de complacencia y que esa felicidad sería indestructible; nada hacía presagiar que, tras los afilados incisivos que mostraban aquellas forzadas sonrisas, de sus tapadas fauces y de las ocultas pero feroces dentelladas envenenadas, aparecerían indicios de los desgarros más profundos que el submundo de la gloria y el estiércol estaban haciendo conmigo.

2

«Aquel que tiene un porqué para vivir se puede enfrentar a todos los “cómos”»
(FRIEDRICH NIETZSCHE)

Postrado sobre aquel andrajoso sofá que despuntaba en el salón, perjudicado mi aspecto y destruida mi autoestima, sentía, como casi todas las mañanas, que mi cabeza parecía querer reventar. Por las sienas discurrían acentuadas y palpitantes venas que, al tocarlas con las yemas de los dedos, latían abrupatas en función de la presión ejercida sobre ellas. La sensación se percibía como si ansiaran explotar al obstruir la marcha en su intento de huida impulsiva.

Ese intenso dolor que me arrancaba desde la nuca e irradiaba hasta en los ojos parecía forzado por algún certero golpe que hubiera impactado con toda la energía sobre mi cabeza.

Necesitaba salir de casa con urgencia. No recordaba con claridad qué es lo que había sucedido en fechas anteriores, no sabía qué día de la semana era, pero tampoco me preocupaba demasiado en aquellos momentos. Mi única ambición era escapar de allí en busca de mi auxilio y mi anestesia, una de las razones que causaron, en mayor o menor medida, el desastre que assolaba mi vida.

Entré en el dormitorio y rebusqué dentro del armario, que al abrir sus puertas despidió un intenso olor a moho y humedad; necesitaba algo para ponerme encima. En cualquier momento mejor, tendría que tomar medidas para paliar esa desagradable fetidez y sensación de abandono. Extraje una percha y descolgué lo que

parecía ser una gabardina que, con absoluta certeza, había vivido tiempos mejores. Sumido en mi confusión permanente, me costó trabajo dar con el manojito de llaves perdido como siempre por algún lado y así, desaliñado, sin quitarme ni las zapatillas ni el pijama y tal como me encontraba en casa, abrí la puerta y salí al rellano para dirigirme a las escaleras.

Con cierta torpeza, me coloqué por los hombros la mugrosa trinchera y comencé a descender cada uno de los peldaños, asiéndome con fuerzas al pasamano para evitar salir rodando hasta el portal.

De repente, antes de girar el último de los tramos que antecedía al vestíbulo principal, desde donde se percibía un desagradable olor a fritanga y a aceite reutilizado proveniente del bajo C, me pareció escuchar la voz de alguien en conversación con Julián Romero, el discreto portero de la comunidad al que tantos favores debía y al que guardaba un más que sobrado aprecio.

Permanecí sigiloso a la espera tras el recodo, para que nadie pudiera percatarse de mi lastimosa presencia antes de presentarme allí donde se encontraba la portería del bloque. No deseaba cruzarme con alma alguna y dejarles en bandeja argumentos suficientes que sirvieran para criticarme durante toda aquella tarde. Desde mi escondite, me dio la sensación de escuchar mi nombre, aunque no de forma clara, y me pareció entender que hablaban sobre algo referente a mí.

—No, lo siento, no le he visto por aquí durante todo el día, supongo que estará en alguna de esas tertulias de la tarde dando su parecer sobre literatura, política, sociedad o vete tú a saber. Yo lo único que puedo hacer, en cuanto aparezca por el portal, es avisarle de que vino usted a verle, si me dice su nombre, claro está.

Qué pobre pretexto y qué buen discurso le estaba endosando al visitante en cuestión. A pesar de que el fulano no me conociera mucho, sabría, a buen seguro, que desde hacía mucho tiempo no comparecía ante ningún medio de comunicación ni en acto alguno relacionado con mi entorno profesional. Me había borrado del mapa desde hacía bastante tiempo.

Fue entonces cuando el interlocutor le increpó al conserje:

—¿A alguna tertulia, dice? Menuda excusa necia me está echando usted. En fin, no se tome esa molestia, querido amigo, me pasaré en cualquier otro momento. No es nada importante, simplemente me apetecía saber de él y saludarle, pues hace mucho tiempo que no coincidimos en ningún evento y me rondaba cierta preocupación. En cualquier caso, Julián me ha dicho que se llama, ¿verdad?, infinitas gracias por su preocupación y desvelo.

Aquel hipnótico y cautivador tono de voz me resultaba bastante cercano y familiar, pero por esa calamitosa anarquía acuartelada en mi cabeza y la punzante presión a la que se veían sometidas mis sienes, no me dejaban poner rostro a sus palabras.

Esa atmósfera densa que se había instalado en mi cerebro impedía que distinguiera con transparencia las realidades más simples. Estaba hecho una auténtica basura.

Sin saber bien de dónde provenían, percibí murmullos por las escaleras y en aquel instante una angustiosa sensación se apoderó de mí por temor a ser descubierto. A trompicones subí cada pedacito, temeroso por si alguien hubiera podido escuchar mi ruidosa huida. Entré en la vivienda tan rápido como pude y cerré la puerta con exagerada tosquedad, sintiendo un terror semejante al de pensar que tras mi espalda me acosaba la parca bien cercana.

¡Habiendo jugado codo a codo con ella en tantas ocasiones y qué miedo seguía teniéndola aún!

3

«Guarda a tu amigo bajo la llave de tu propia vida»
(WILLIAM SHAKESPEARE)

Aquel distinguido y anónimo señor, tras despedirse, salió del edificio con paso firme y decidido mientras Julián, el conserje, no encontraba la forma de dar por terminada su insistencia para obtener la más completa información.

—¿De verdad no quiere que le diga que vino usted a verle? ¿Me indica su nombre, por favor?

—No se preocupe —le repitió con cierta condescendencia—, ya le he dicho que volveré en otro momento. Buenas tardes, buen hombre.

El aguacero continuaba arreciando mientras se deshinchaban los nubarrones estratiformes sin dar la más mínima tregua a la noche. Detenido en el portal, aquel honorable caballero desplegó su elegante paraguas acorde a su coqueta prestancia para darse cobijo con él.

A continuación, inició la repentina marcha cruzando la calle hasta que pudo alcanzar un vehículo estacionado frente a la puerta de entrada; mientras tanto, las luces de emergencia de aquel ampuloso haiga parpadeaban a su intermitente compás. Subió al coche, acto seguido se escuchó el chasquido del encendido del motor y arrancó hasta perderse calle arriba. La visión del automóvil quedaba atenuada por la difusa y torrencial lluvia que lograba desenfocar la nitidez en el horizonte y dejar una estela de rodadura tatuada en

el asfalto, cual si fuera la piel de un experimentado marinero de esos de «a golpe de mar, pecho sereno».

José Miguel llegaría por fin a su lujosa residencia. Antes de entrar en ella, desconectó la alarma que la protegía del acceso indeseado de maleantes y, tras abrir la puerta y adentrarse en su hogar, depositó en el lugar apropiado el paraguas que le había servido de amparo tras la puerta y colgó la gabardina que, de la misma manera, había evitado que llegase totalmente empapado en el perchero que, de forma simétrica, se encontraba colocado al otro extremo del acceso.

Se adentró en su hogar pensativo y fue atravesando el pasillo y el enorme salón camino de la habitación, en la que se despojaría del resto del vestuario.

Llegaba con la necesidad de entrar en calor, así que seguidamente se dirigió hacia el cuarto de baño para tomar una ducha reconfortante, colocarse su cómodo y cálido pijama, servirse una copa de coñac gran reserva y abrir una novela de su más que personal y querido amigo Ignacio Ávila, un excelente y consagrado escritor venido a menos en la actualidad por determinadas circunstancias que él conocía. En su empeño, este buen hombre se habría planteado como reto, por su enorme apego, resucitarle en lo personal y, si fuera posible, hacerlo también en lo profesional.

José Miguel era una de esas personas forjadas a fuego y arraigo. Extremeño de naciencia y plenamente convencido de que existía una simbiosis irrenunciable, por la que además sentirse muy orgulloso, entre su propia vida, la naturaleza más simple de un paisaje cotidiano, la dehesa con sus vastos encinares, la estepa y sus plantas aromáticas y todo aquello que las vegas, con sus fértiles y ricas alternativas agrícolas, eran capaces de producir.

Empedernido romántico y enamorado de la prosa, la rima y el verso, había regalado su vida al uso de las letras de forma consciente. Escribía desde muchacho y se inclinó por la poesía como manera de comunicar y transmitir su más que conocida sensibilidad.

Bien joven marcharía a Madrid a estudiar Periodismo y, tras terminar con éxito la carrera, accedió como becario al diario de tirada nacional ABC, en

el que trabajaría reenganchado de una sección a otra y de forma permanente y continua hasta llegar a nuestros días.

Su primer trabajo sería el de humilde y abnegado redactor y donde, a pesar de la falta de experiencia propia de la edad, dejaría entrever rápido su aguda inquietud y talento.

De ese puesto fue relevado al conocerse su valía y a continuación ejerció como desenvuelto responsable del grupo editorial, hasta que finalmente pasó a firmar relación laboral como director de departamento de la meritoria y envidiada sección cultural del mismo periódico.

Una impecable trayectoria para una meteórica promoción que no culminaría en esa ya distinguida posición, sino que, fruto de su arrolladora personalidad, carácter, osadía y sus infatigables ganas de trabajar, le servirían para recibir como premio el de ver satisfechas sus expectativas laborales pasando a ser nombrado subdirector del reconocido periódico, tan solo 25 años después de pisar por primera vez la redacción del mismo.

A pesar de su corta edad, casi debía andar en pañales, el primer trabajo poético editado por este granjeño apareció allá por 1976 bajo el título de Tierra en la carne y con este poemario de raíz puramente extremeña, quedaría acuñado para toda la vida su implicación con su patria autonómica, sus pueblos y sus gentes. Pero esta publicación no sería nada más que la primera de una interminable relación de títulos, premios y reconocimientos no solo por su actividad literaria, sino por su dilatada carrera y compromiso profesional.

La sencillez y cercanía de José Miguel y el apabullante currículo conseguido avalaban su crédito en materia laboral y le conferían un lugar privilegiado entre los intelectuales de nuestro país. Esas cualidades y particularidades hacían que se encontrara además en él a un excelente colaborador, campechano y accesible para cualquier acto literario, cenáculo, premio o certamen con cierto prestigio.

En lo personal, quienes le conocemos sabemos de su talante y bonhomía. Amigo de sus amigos, leal y sincero, no entiende de reparos a la hora de echar una mano en todo cuanto pudiera estar a su alcance.

En los mentideros literarios de la ciudad, se comenta que grandes escritores de estas últimas generaciones deben una parte importante de su nombre y reconocimiento social a la promoción y divulgación desinteresada que, desde las

páginas de la sección cultural de su periódico, ha hecho a los imberbes principiantes recién llegados a este complicado mundo de las letras.

Pero además de que quedase bien acreditado su talento por su respetada obra, una de las cualidades que le hacían diferenciar el potencial de todos aquellos que se le acercaban buscando consejo y que le confiaron algún texto para su valoración sería la del avezado uso que hacía de su mano izquierda y que, unido a una sobresaliente inteligencia emocional y habilidad social, le permitían poner a cada necesitado de guía espiritual en el sitio y espacio que correspondía según su cualificado ingenio.

José Miguel era una persona con reglaje y cariñosa, enamorado de lo simple y lo cotidiano, de lo rural y de lo sencillo, de lo sincero y de lo espontáneo, de lo discreto y de lo sensible.

4

«El riesgo de una mala decisión es preferible al terror de la indecisión»
(MAIMÓNIDES)

Pasados unos minutos, quizá varios, alguna hora tal vez (no tenía una clara noción del tiempo), fui capaz de armarme de cierto valor y serenidad para levantarme de aquel descuidado sofá y emprender de nuevo rumbo hacia el objetivo inicialmente abortado al pie del vestíbulo de mi domicilio.

Descendí los escalones con la misma agilidad con la que lo haría un achacoso anciano, con la entereza de un reo que espera en su celda el trágico final de la condena capital, con la confianza de aquel que prueba nuevamente a contraer nupcias tras varios intentos fallidos o con la firme decisión del que necesita su tóxico brebaje para resistir un día más en este odioso mundo.

Llegado a la conserjería, encontré a Julián concentrado en una desmontada cerradura, afanado en ella con un puñado de herramientas, y, para pasar inadvertido, hice un timorato intento de saludo bastante poco inteligible que pareció sonar como un absurdo balbuceo.

—Buenas tardes, vengo enseguida.

A lo que con todo el cariño, como era su trato habitual, me replicó el discreto y juicioso encargado de la portería:

—Hombre, buenas tardes, don Ignacio, me alegro de verle. ¿Lleva prisa? ¿Qué tal anda usted? Me dijeron que estuvo en el hospital. ¿Fue todo bien? Si necesita cualquier cosa, no dude en

recurrir a mí. Por cierto, don Ignacio, tiene usted aquí un montón de prensa y revistas acumuladas desde hace no sé cuántas fechas.

Julián, en aquel breve espacio de tiempo, no cesó de parlotear ni un solo segundo; cada palabra suya y cada interrogación sonaban como un rotundo y contundente golpe en mi cráneo. Pero no me podía permitir ser descortés con aquel buen hombre que actuó siempre con total lealtad y que guardaba bajo llave el silencio de las confidencias de toda una vida. Fiestas, escándalos, regresos al domicilio bajo los trágicos efectos de los desfases, múltiples borracheras acarreadas hasta el pie del portal, broncas continuas fruto de mi tormentosa relación y una larga retahíla de despropósitos ocurridos durante los últimos años que quizá sea conveniente no repasar.

—Va a salir, ¿verdad? Vaya con cuidado, hombre, aunque parece que ha parado ya de llover. ¡Qué tarde más inoportuna se ha puesto! ¿Quiere que le suba la prensa?

Yo continuaba hacia la salida sin detenerme a mirar hacia atrás ni prestarle la más mínima atención un solo instante. No aguantaba más aquel azote locuaz y perseverante, cuando, en ese preciso momento y antes de responderle, me detuve en seco agobiado por el continuo machaqueo de Julián para intentar que cesara en su insistencia y, sin percatarse de mi frenada, el despistado parlanchín no fue capaz de evitar chocar contra mi espalda con aquel montón de prensa acumulada y que custodiaba con celo para su cumplida entrega.

Como consecuencia inevitable, todo lo que portaba entre sus manos acabó torpemente desparramado por el suelo del rellano. El conserje, ruborizado pero mostrando su diligencia, se apresuró a retirar todos aquellos barajados diarios y semanarios, sin parar de pedirme disculpas.

—Perdone usted, don Ignacio, menudo desacierto, es que soy muy impaciente e impulsivo, lo sé, lo siento; enseguida estará todo recogido.

Fruto de la casualidad o no, aquel momento embarazoso y ridículo sería el causante, con total seguridad, del cambio de rumbo

que marcaría el destino de mi vida y que empezaría a experimentar en breve.

—Bueno, hombre, no ha pasado nada, se vuelven a apilar y listo. Salgo solo a la farmacia para comprar algunas cosas necesarias, en unos minutos estaré aquí y yo mismo me subiré la prensa. No te preocupes, Julián, te repito que no ha sido nada. ¡No pasa nada, hombre!

Aquel divertido personaje continuaba persiguiéndome con la letanía de ruegos y disculpas, acompañado de algún que otro exabrupto aprovechando que ya mediaba cierta distancia entre nosotros. Abrí la puerta de la calle y por fortuna pude salir airoso con el único propósito de encontrar rápido mi remedio y regresar hacia mi guarida, para dar ansiosa cuenta de aquella medicación.

La tarde, que se fundía con la noche heredera de la descomunal tormenta, parecía haber encontrado la calma que sucediera a una arrasadora batalla. En la calle, el agradable petricor desvelado por el olor de la geosmina despertaba en mí incomparables sensaciones y recuerdos. El color de la avenida se antojaba especial; la luz de las farolas que velaban imperturbables sobre las aceras y la iluminación deslumbrante de los rótulos que presidían las tiendas, los escaparates, las oficinas y demás locales comerciales comenzaban a mostrar con timidez sus vivos destellos.

El panorama ofrecía al transeúnte una paleta de estímulos cromáticos inigualables.

Como resultado, unido a los efectos del brillo que el agua había sembrado sobre el asfalto, la escena se convertía en un hermoso paisaje, con un atractivo visual ricamente celoso de ser inmortalizado por el objetivo avezado de algún fotógrafo sensible.

A pocos metros de la casa, encontré la farmacia, mi farmacia; un chino de guardia de esos que se asemejan más bien a un hipermercado encogido con repisas repletas de productos. Allí, en aquel local, era donde me proveía del sustento necesario para alargar y acortar mi vida en un acto paralelo e inevitablemente único.

Busqué entre las estanterías pañuelos de papel, un par de cajas de leche, tomates, pasta de dientes y unas bolsitas de naftalina para colgar en el pestilente ropero de mi habitación, además de un par de botellas de mi *whisky* de cabecera y que suponían el verdadero pretexto de mi salida. Al importe correspondiente de las mercancías habría que sumarle los céntimos pertinentes de aquella bolsa de plástico contaminante en exceso e indestructible.

Con este simple gesto de abonar la talega parecía sobradamente aseada la conciencia del responsable y comprometido ministro de Medio Ambiente de turno y con seguridad colmaría también el bolsillo del fabricante de material alternativo para la realización de nuevos y complejos embalajes más fácilmente biodegradables... como aquel simple papel de estraza que usábamos años atrás.

Me disponía a salir del local para recorrer el trayecto y desandar mis pasos. Anhelaba hacer el recado pronto para intoxicarme lascivamente y matar mi tiempo y mi vida sin dar pie a pensar en nada que supusiera algún quebranto mental.

A pesar de mi típica dificultad para encontrar las llaves y la propia cerradura, acrecentada por los artículos que portaba y, por supuesto, por mi letargo cerebral, al final pude hacerme con ellas y abrir el portal para adentrarme hacia la portería. En cuanto Julián notó mi presencia, se apresuró, verborrea en ristre, como no podía ser de otra manera, a prestarme favor.

—Qué rápido ha regresado, don Ignacio, permítame que le ayude. Antes, con el percance, olvidé darle un mensaje que creo importante. Bien es cierto que, gracias al despropósito ocurrido hace unos minutos, puedo complementar y ampliar la información sobre la visita.

Verá usted, mientras recogía del suelo la prensa y trataba de organizarla para dejarla toda en orden, pude observar en una de las páginas una de esas caricaturas simpáticas y con un parecido bastante bien conseguido, por cierto, que llamaría poderosamente mi atención.

Resulta que hace un par de horas anduvo por aquí un elegante y educado señor preguntándome por usted; parecía muy preocu-

pado, don Ignacio. No le pude facilitar, aunque, de haber sabido algo, tampoco lo habría hecho, pues ya sabe usted cómo soy yo; no le pude facilitar, digo, dato alguno sobre dónde andaba o cómo se encontraba usted.

Le solicité en varias ocasiones que me dijera su nombre para hácersele saber a usted, pero tantas veces se lo supliqué como tantas otras ocasiones rehusó hacerlo. Sin embargo, las cosas del destino, aunque yo no crea mucho en ello, harían que esta vez la casualidad coincidiera con el sino y que la página del periódico que quedara abierta sobre el suelo mostrase una caricatura que se correspondía con rostro del visitante en cuestión.

¡Qué bien relacionado está, don Ignacio! Menudas amistades se gasta.

A medida que relataba los hechos, mi cabeza comenzaba a mostrar atisbos de cierta lucidez y empezaba a asociar la descripción del protagonista con el sonido de la voz que pude escuchar mientras permanecía escondido en las escaleras.

—¡José Miguel Santiago Castelo! —exclamé—. ¿Verdad, Julián? —mientras intentaba disimular mi extrañeza para que no pudiera percibir mi monumental sorpresa ante el personaje.

—Vaya, don Ignacio, ¿es usted adivino...? Pues ni más ni menos que el propio subdirector del prestigioso periódico *ABC*.

He de confesarle que me picaría la curiosidad y no tuve más remedio que leer la columna que publicaba, al respecto de los noveles escritores que tan solo pretendían ser famosos y reconocidos a pesar de su escasa experiencia. Relataba la crónica que parecían creerse concursantes salidos de un Gran Hermano literario y que con ese pobre currículo querían alcanzar el éxito a toda costa sin ejercicio previo de la profesión.

No entiendo mucho de esto que leí, pero me resultó interesante cómo lo expresaba este buen señor, del que, ya sabe que la curiosidad es una de las principales enfermedades del hombre, pude encontrar en internet referencias tuyas y resulta ser una eminencia del verso y la literatura, y que ha escrito un puñado de libros y poesías, y que tiene cuantiosos premios, y que...

—Sí, sí —interrumpí—, sí, Julián, de acuerdo, me doy por enterado de la visita, pero ¿seguro que no te anunció el motivo de su presencia?, ¿te dejó algún teléfono?, ¿comentó si era por algo importante?, ¿te dijo si vendría en algún otro momento?, ¿otro día quizá?

—No, don Ignacio, seguro, lo siento, pero tan solo mencionó que ya pasaría en mejor ocasión. Bueno, venga, le ayudo a subir sus cosas, si en el transcurso de la noche mientras permanezco por aquí apareciera, descuide que se lo haría saber de forma inmediata.

Sin más aclaraciones, se dirigió presto hacia el ascensor delante de mí para llegarnos hasta la planta en la que se encontraba mi vivienda y ahorrarme, de esta forma, tener que subir a pie por las escaleras; algo que yo no era capaz de hacer en solitario, tras no haber superado un trauma de esos que nacen con la infancia (por lo tanto, no vienen al caso más explicaciones), pero que te dejan marcado toda la vida.

Ya delante de la puerta que conducía al interior de mi morada, Julián me pidió que le dejase las llaves para abrir y de esa manera facilitarme la entrada, a lo que no tuve por menos que negarme en redondo, probablemente avergonzado por el juicio que de las condiciones de habitabilidad y pulcritud pudiera hacer este buen hombre sobre cómo pudiera encontrarse la vivienda, por eso y porque el simple hecho de no ser yo el que abriera la cerradura sin ayuda me parecía un exceso de displicencia hacia Julián y de un servilismo exagerado.

—Por favor, Julián, deja en el rellano la prensa que ya la cogeré yo. Gracias por todo, amigo, gracias por tu diligencia y cuidado, no sé qué podría hacer sin ti. Dale muchos recuerdos a Catalina y un beso bien grande a Julianín, el pequeñajo de la casa.

Aplicando de forma sutil esta fórmula de la despedida y los recordatorios familiares, pude persuadirle para que cesara en sus insistencias.

—De nada, don Ignacio, usted siempre tan considerado y atento conmigo, no ha sido molestia ninguna, para eso estamos. Seguiré pendiente por si regresase su amigo, que tenga usted buenas noches, don Ignacio.

¡Don, don, don...! Me molestaba esa adulación constante por el uso del tratamiento. Sabía que él lo hacía por cortesía y respeto, pero lograba transportarme a otros tiempos ya pasados, por suerte, cuando este modelo se utilizaba para diferenciar el estatus socioeconómico entre el obrero y su patrón, el plebeyo del noble o el rico del pobre, marcando así una diferenciación dolosa de clasismo social, descastada por el esfuerzo colectivo y la lucha de clases.

Bien es cierto que todavía significaba para mí una aceptación practicada en ocasiones, ante el hecho de llamar de usted y de don a aquellas personas de avanzada edad, aunque espero que no fuera ese el motivo, lo de avanzada edad quiero decir, lo que diera razón al uso que mi apreciado portero hacía hacia mí con ese tratamiento.

«Don sin din, cojones en latín» o «Don sin din, campana sin badajo», refranes aquellos que se atribuían a la creatividad de Quevedo y de los que yo no andaba tan lejos ante mi precaria situación.

Me adentré en el recibidor y abandoné con desinterés aquel cúmulo de periódicos lo más cerca que pude de la puerta. Solté la bolsa de la compra con desdén en el aparador estilo castellano que presidía el vestíbulo, me deshice con hastío de la cochambrosa gabardina y, ya sí, liberado de las cargas, conseguí asir con lujuria la botella de cautivador destilado color ámbar para servirme un copazo seco que me hiciera rebajar la tensión de la resaca y analizar, con cierta claridad, el contexto de esta novedosa situación.

Tras la primera copa, vendría una segunda y una tercera, probablemente alguna más, pero mientras ingería esas letales dosis, recuerdo haberme preguntado por cómo se habría hecho mi amigo con mi dirección y la razón por la cual Santiago Castelo, mi querido José Miguel al que tanto debía, del que tanto aprendí y al que tanto respetaba, había acudido en mi búsqueda después de muchos años sin saber el uno del otro.

Esa intriga me mataba en proporción directa a la cantidad del *whisky* que engullía.

Mientras, daría portazo a un día algo menos anodino que los vividos en las últimas semanas y entornaba los ojos hasta que pude quedarme definitivamente dormido.

Al final, pude sumirme en un sueño intrascendente, pero con el regusto y buen sabor de boca por aquella inteligente columna que acababa de leer sobre noveles autores, bajo el título «El sufrido camino hacia el éxito: esfuerzo, humildad y constancia», magnífica reflexión realizada por el subdirector de *ABC*, mi buen amigo Santiago Castelo.